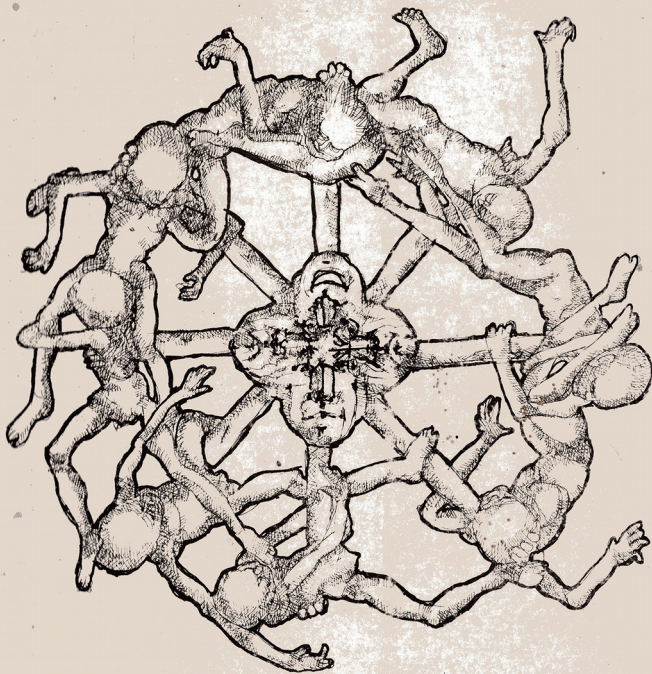


Cantos apocalípticos



Juan Meneguín

Juan Meneguín (1958, Concordia, Entre Ríos), tiene la virtud de la coherencia total de lo que vive y expresa. De aquello que ha sedimentado a través de la incorporación y trasmutación de lo experiencial que abrevara de su trayectoria pertinaz y trashumante en el Litoral, en la metrópoli y el sur del país. Para volcarla luego en su visión escritural del mundo.

De este modo publica su primer poemario, "Los cantos apocalípticos y otros poemas", una sinfonía verbal con diferentes y aglutinantes secuencias; Memoria Inicial, Los Ríos de Abril, Ella vendrá entre Árboles y Cantos Apocalípticos.

En el curso del poemario con aliento épico brotan la naturaleza, el hombre y la providencia en un fluir de permanentes hallazgos literarios en persecución de una utopía; la redención de la especie humana por el ejercicio de la imaginación, por vía de la experiencia poética y la apelación al amor a la vida como sublimación latente, que se patentiza en una lectura entre líneas de un tejido textual en estado de rebellón y ofrenda ante las paradojas de la existencia.

Cada parte constituye su propia fábula que se enlaza en juegos semánticos semejando saltos de agua por su diafanidad, desborde y color; en islas simbólicas que van hacia un continente de palabras representando una múltiple y a la vez singular alegoría.

La sensibilidad del poeta se hiere en forma descarnada por la crisis de la modernidad y simultáneamente se torna receptora de las maravillas de un universo remoto e inmediato. Al fundar mediante una lírica comprometida su cosmogonía, cosmología, metafísica e historia con la pincelada de una imagen viva que procrea cientos de imágenes reveladoras.

Así devienen el despertar biológico del planeta y del multi-infinito entorno, el asombro ante el vasto espacio de lo creado, la actitud contestaria ante la destrucción del equilibrio ecológico, la vivencia apocalíptica, en donde no está ajena la resurrección traducida en una honda percepción del milagro de las estrellas, que son la metáfora de la esperanza.

Esta obra de Juan Meneguín pone al descubierto una celebratoria realidad: la presencia insoslayable de uno de los poetas más lúcidos y personales de su generación.

Martin Alvarenga



ediciones
Río de los Pájaros

Cantos apocalípticos

*La edición de esta obra fue posible
gracias a la colaboración de:*

**—Dirección Municipal de Cultura de
Concordia**

(C) 1987 por Juan Meneguín

*Queda hecho el depósito que previene la ley
11.723*

Impreso en Argentina—Printed in Argentina

Ilustraciones de Oscar Meneguín

Fotografía de contratapa de Héctor Florencio Brozzi

*Fotocomposición Diario "CONCORDIA".
Corrección y armado por el autor. Fotomecá-
nica e impresión EDEL Offset.*

**Dirección del autor:
Sarmiento 478
(3200) Concordia — Entre Ríos
República Argentina
t.e. 045-212864**

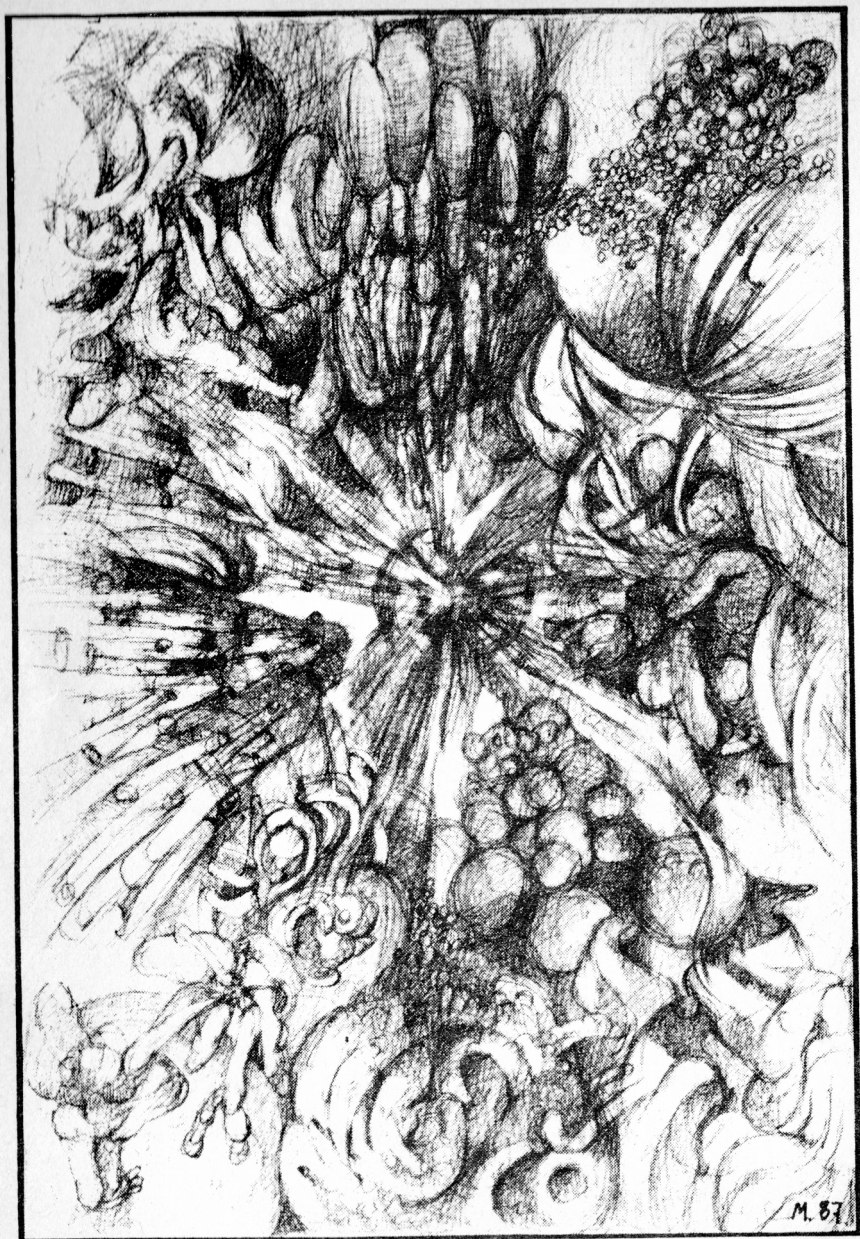
Cantos apocalípticos y otros poemas

Juan Meneguín



Ediciones Río de los Pájaros
Concordia / Entre Ríos

1987



Memoria inicial

Memoria inicial

Para Martín Alvarenga

Yo vi desenvolverse el reino de los cielos
con los pies hundidos en las frías,
blancas arenas, lamidos apenas por océanos dulces:
Hydra, Pegassus, Orión,
Centaurus, Andrómeda,
creándose con toda la eternidad por delante.
Navíos primitivos de la mente universal
exploran la tierra en formación,
el secreto de las montañas, las rocas fusionadas,
el amatista gestante como un cristal silencioso.
El planeta paría los días y las noches de los glaciares,
los mamíferos cuaternarios y las lluvias inacabables,
las tormentas minerales y el polvo lunar
por cientos de años descuajaban topografías
y el atardecer sorprendía mudas palabras,
rojizas figuras contemplando el misterio:
colmillos,
puño ocre desde el alba;
piedra contra piedra,
cobre puro lanzado.
Brujos ebrios y divinos imprimen epígrafes matálicos,
símbolos desconocidos ahora pero invencibles.

Un agua telepática cae helada en las cavernas,
labios incontaminados besan la hierba.
Es manso el aire donde flotan planeando los cóndores.
Los cetáceos se comunican a través de miles de kilómetros,
el guanaco emigra al final del otoño.

Débiles pasos en perspectiva a una cultura
olvidada muy dentro del tiempo:
estallido de metales desconocidos,
astillas impregnadas de musgo,
mutaciones geológicas;
pupilas abiertas atrapan el color del aire entre los árboles,
encontrando sagradas transparencias,
despejando suavemente de la boca
esta niebla de siluetas,
esta frescura de hinojos,
este diluirse montañas
con un sol oscuro acuatizado en bosque.
La yerba es azul en los pulmones
y dulce el alma que empieza a volar;
alucinarse un destello;
algo que vuelve livianamente por una orilla;
una mano,
una pierna de mujer
que pasa con un remolino de sensualidad inalcanzable.
El fuego es antiguo,
tiene la edad del aire y de los árboles,
de tantas generaciones de árboles que han pasado.
Anida la brisa en los perfiles del vino
y una suerte de nostalgia lunar invade
susurrando ceremonias,
volutas tibias
de la comida universal haciéndose lentamente.
Sentado en las orillas de un lago fabuloso
donde las ramas golpean el aire
deteniendo el sabor del pimienta y del orégano,
respiro el sueño del agua,
los grandes helechos sepultados,
la savia que revive con el brillo de milenarios soles
dispersos a lo largo de las eras,
canta el cuerpo etéreo
con una mano que busca la vigilia del hombre
y se detiene hasta llegar al borde de las hojas,
y se detiene para siempre
porque también el hombre fue hierba algún día.

Los cuatro elementos

I. LA TIERRA

Polvo sobre el polvo hasta formar la tierra, las vastas
llanuras, los continentes andariegos,
las mineralogías combinándose eternamente, aleaciones primigenias,
impactos de energías cinéticas y ondulatorias en la mica,
en la orfebrería fantástica de los metales
comprimidos en las grutas, con todo el peso de los eones
en sus moléculas.

Tierra sobre tierra y carbonatos, sales, nitratos,
génesis de las plantas buenas para comer
y buenas para tantas ceremonias,
génesis del humo místico, morada de las culturas y las mitologías
impulsadas por los imagineros del espíritu,
barro alfarero en combustión, arcillas de luz consagradas
por el amor de las manos,
esmaltes, colores y cenizas de la tierra entera.

Polvo sobre polvo en el viento,
y un sol opaco, ambarino,
en las lejanas montañas del ocaso.

II. EL AGUA

Gota detrás de gota, clorofilada transparencia, lluvia mineral,
nitrogenada lluvia, liviana,
creando praderas, blandos rebaños de árboles, ocultas lagunas
y esteros que el tiempo pobló de juncos y de patos;
bandadas de avutardas que pasaron alejándose en los días
del invierno,
lagunas con remolinos de peces, escamas brillantes y lomos oscuros,
alimentados por diminutos crustáceos y tiernos forrajes.
Lluvia detrás de lluvia entre las hortensias,
rebotando en las hojas del filodendro,
refrescando el muérdago sagrado,

haciendo crecer la alfalfa en las épocas de las lluvias
cuando las manadas buscan las colinas de pastoreo
—cueros oscuros bajo la luz de la lluvia—,
y el horizonte del gran mar invisible en un cielo acuático,
el mar grande entre las nubes, entre la lluvia,
y en su matriz tibias flotas de delfines,
corvinas pardas y negras, salmones peregrinos, solitarias
y memoriosas ballenas
mientras arriba llueve. El cielo es agua.

Gota detrás de gota y fertilidades.

III. EL AIRE

Aire en el aire, movimiento en movimiento lleva las imágenes
de todos los lugares,
todas las regiones entre los cielos y la tierra,
entre la luz y la sombra
como fotografías tetradimensionales destellando un instante,
armándose en imágenes y desarmándose en aire,
en brisa atardecida;
coalescencia, soluciones, desplazamientos de elementos
inorgánicos
y fugaces materias orgánicas,
protozoarios aéreos, colmenares virtuosos,
habitantes de la transparencia y del movimiento,
habitantes de la fluidez,
petreles puros navegantes de los trópicos, o
desde el mediodía de los continentes, o
desde las riberas del mundo, o
desde los equinoccios en remolinos
y siempre hacia adentro,
siempre hacia adentro del único aire;
esporas de líquenes, huevas de peces, colores, ideas, vibraciones,
festivales de música eólica,
transmisión de las energías de la mente y de las energías
del cuerpo,

polen en el polen flores parturientas,
transmisión del principio dorado y blanco y violeta,
transmisión de la luz del cosmos y de la luz de la tierra.

Aire en el aire, y hacia adentro
el otoño y las primaveras.

IV. EL FUEGO

Fuego bajo fuego, pequeñas detonaciones en la virginidad
de la materia,
color rojo y cobre y verde en el aire,
camarones iridiscentes, transmutándose en una danza de alas
doradas,
y azules y blancas,
y frías y trémulas flores de fuego para la transformación
de los alimentos,
para la forja de las primeras metalurgias,
de los primeros alquimistas curiosos.
Fuego bajo fuego, bajo el viento, el agua, la tierra,
y el universo que estalla con su ignición inicial
y continúa estallando en el eterno presente,
y el hombre comienza a descubrir la chispa
que iluminará las primeras tablas de arcilla, los primeros templos,
la indagatoria original de los brujos ante el fuego;
el hombre comienza a intuir la rueda, la rotación de la tierra,
las maderas templadas, el nacimiento del vidrio,
comienza a sentir las criaturas del fuego que se elevan hacia
el cielo
buscando el sonido de los tiempos venideros,
buscando la luz de las palabras,
el fuego transmisor de la verdad.

Un fuego y otros fuegos,
y la combustión del alma
que reúne todos los elementos.

Ultimas cacerías

Un llamado de olifantes andaba peregrinando
más allá de los valles, en las nieves futuras,
en la temprana costumbre de matar bisontes.

Bajo todos los cielos, bajo estrellas en apogeo,
la imagen flotaba como una nave extraña.
Hidrógeno y oxígeno seguían dando principio
a las combustiones. El corazón de cristal de roca
latía una y otra vez sus destellos de sangre cósmica,
y los elementos, los soles y las nubes frescas
poco a poco fueron armonizando con las manos,
con la pupila, con la simetría cotidiana de los olores;
poco a poco fueron regulando el ritmo de los combustibles,
de la obsidiana, los alimentos, la elipse de la flecha.

Un tigre sable vio morir el horizonte.
Las palabras promogénitas echaron a rodar
sueños de descubrimientos y de conquistas,
y edades como pesadillas
se sucedieron en la carne íntima del deseo.

Mamíferos cuaternarios emigran ahora de otras calamidades,
buscan valles que no existen, selvas extinguidas,
petrificadas y vitrificadas por el humo de las inteligencias.
Bajo nuevas estrellas en perigeo, bajo viejas nebulosas
en apogeo, la imagen flota difusa, y el corazón
de cristal de roca brilla en su propia oscuridad
con una luz inversa, seca; una pesada gota mineral
estallando contra la superficie oblicua del espacio,
donde se funde y confunde la identidad de los planetas,
donde el sonido de las ideas es una marejada
de delfines voladores sobre las doradas praderas de la energía.
En todas partes y en ninguna parte un sol dual
descompone nubes momentáneas sobre las manos de los hombres,
y adentro, muy adentro de las pupilas vibrando,
viajan tibias claridades hacia el encuentro de la vida.

Renacimiento del dios

Alguien me había hablado ya del Kraken,
una palabra germana o vikinga tal vez,
una hermosa, poderosa, terrible palabra,
despiadada sorpresa en las oscuras turbulencias
de los mares septentrionales;
los dedos que asomen desde un segundo de fragilidad,
las ventosas implacables llenas de espuma
esperando a pocos centímetros
bajo la piel ciega, bajo las marejadas indomables
de una guerra rudimentaria
con arpones sin victorias y brumosos ojos
que acechaban en un mar
entintado por hombres salitrosos y quebradizos.
Trirremes, drakkars, goletas de ligeros perfiles
sobre una mitología náutica,
refilando una ondulante selva de algas fosforescentes,
de medusas tornasoladas como cabelleras de dioses filamentosos.

Mares que no conocimos, no supimos comprender
los hombres posteriores:
dragones oceánicos como volcanes emergentes,
serpientes esquivas y misteriosas,
dentadas aves circundando los velámenes
cuando aún no había comenzado la demencia metálica
y el hombre de agua o el hombre de llanuras
correteaba en su día transparente y en su noche
con montañas sobre las nubes.
Por los desfiladeros del cielo la luz llegaba hasta los valles,
y no existía el tiempo
cuando no existía la memoria.

El recuerdo creó al mundo. Los planetas
organizaron el pasado, delimitaron los días,
las épocas para las cosechas, los nacimientos.
Fue necesario un calendario de luz para una memoria solar,
Todo el mar se fue convirtiendo poco a poco

en temida leyenda;
desconocidas ninfas montaron curiosos hipocampos,
emigraron hacia temperaturas abisales;
caracoles como cromornos poblaron de sonoridades
los valles coralinos.
Poseidón fue un majestuoso cetáceo de las frías aguas,
un decadente dios atlante que se negaba a morir,
que ya no recordaba a Lemuria
hasta la tarde en que Job publicaba su libro
y Odiseo se encadenaba al mástil para no escuchar
la susurrada voz de su propia infancia.
Entonces el gran dios emergió por última vez,
miró el aire y todas las cosas creadas
y con un adiós de espuma se zambulló hacia el secreto
remoto y azul de los témpanos,
muriendo lentamente, tornándose cristalino
ante los ojos de las mantarrayas planeadoras.

Inexplicablemente, otros hombres, menos marinos y más fugaces,
hombres de praderas y rebaños de árboles,
descubrieron la escritura del fuego silábico.
Miles de años de generaciones de escribas y cacerías,
miles de años perfeccionando el canto
para que la poesía anidara en las mentes,
para que el dios fuera renaciendo
desde un mito apenas murmurado por las marinerías,
para que bajo la piel náutica
la maravilla del dios despertara de su invierno de aguas
con cardúmenes de pez-vela danzando entre flotillas de careyes
y sobre el mar los petreles escoltaran la nueva peregrinación
del Leviatán
mientras los hombres se embarcan en la travesía sin retorno
del descubrimiento,
en la aventura interior,
y navegando hacia adentro de los océanos
van cantando la historia sagrada,
cantando la historia oculta de los grandes dioses.

El segundo descubrimiento de América

Para Bosquín Ortega

Encontrarán desarbolados los navíos; cabos y jirones de vela
enredados en el zargazo,
pudriéndose lentamente en lagunas tibias donde vegetan
los caimanes,
a las orillas de un mar poseído
por escuadras de tiburones y vagabundas barracudas.
Los buques durmiendo la larga soledad con herrumbre.

Selva adentro el espanto de las ciudades, las floraciones,
el bosque invasor en los pálidos barrios,
el bosque que devora las cristalerías, los cortinados
las alfombras de los edificios.
El asombro irá abriéndose a lo largo de una calle,
descubriendo esqueletos tecnológicos,
tanquetas apollilladas por la carcoma de las rebeliones.
Y en últimos refugios mujeres y ancianos huérfanos
esperando el día del juicio que no llega

La selva flota como una idea sobre las ciudades;
con un rumor de tierras triturándose los minerales
vuelven a sus óxidos virginales.

Envueltos por una calma de estrellas azulinas
los navíos fotogeométricos,
alas de libélula que retornan entre la lluvia,
como un reflejo de esmeraldas soñadoras
naves que se deslizan mansamente en onduladas colinas de luz,
como una manada que pastara bajo el rocío de las estrellas,
extrañas, únicas,

pacíficas revelaciones que sobrevuelan los valles
y respiran entre las hojas de los alcanfores
purificando el pensamiento de las aguas que fluyen
y de las aguas que permanecen
el aire inundado de naves,
 alas ondulantes en un cielo simbiótico,
flores diminutas atrapadas, campanillas
 y orquídeas en los robles de los pantanos,
y más allá las grandes llanuras, los ríos vivientes,
 el viento que se desliza
 bajo una oración de shamanes,
y ellos en el viento comprendiendo que hemos retornado al mito
y fundamos otra humanidad;
América sin teletipos ni televisores,
 América sin profesionales ni profesores,
 abandonadas la cirugía y la cibernética
andaré el sueño poblando los ríos,
andarán otras metalurgias forjando una alquimia de arados,
la retina del tiempo estará inundada de naves,
y el latido del tiempo será una nave inmensa,
 un planeta que navega armonioso
 en el vasto espacio de la mente.

Antes era el Sur

algo sobrevuela las aguas quietas
y una imagen tenue se devoran los peces

una silueta transparentándose
es el recuerdo
más cercano al crepúsculo

Ebrio místico

amarilla quietud de la memoria
hojas que vienen acariciando la tarde
ladera de monte
o comienzo de mítica ruta ascendente
bruma circular
frente profundamente abierta
musgo sobre las rocas
herradumbre de árboles
cielo de ceniza polvo estelar
los pasos conllevan
plenitud de caminos
y pinos abrumados en las orillas

desde un bote
en la inmovilidad de las aguas
poseo una botella con olor a ocaso
anido lunas en el pelo
expediciones azules
brisas que vuelven a revolotear
golondrinas graves kaikenes orondos
austeridad rocosa
en la cristalinidad de los ojos
en la violácea sombra de los largos crepúsculos

Lapataia

Las
manos
buscaron.

A través
de las pestañas entornadas
volvían
las hojas desperdigadas
en las líquidas noches de Ushuaia.
Un sendero en el monte.

Un lago con eterna superficie de transparencia ocre.
Una silueta etérea,
oculta bajo las sombras de las montañas.

Alargo
mis ojos
hacia los cuerpos diluidos en el aire.
Espero.
Los sentidos vuelven desde algún rincón.
Ahora,
un gemido;
un tiempo lejano detrás de la bruma.
Luego,
una armónica,
una hoguera,
alguien que alcanza una botella oscura,
alguien que canta
despertando pájaros dormidos en el lenga.

Tango Charlie Dos

Acantilados verdes, lluvia helada
que nos entreteje las barbas.
Los mejillones son tan viejos
como el sueño del mar,
como las cintas de algas
que coronan las piedras.

Los velámenes del Kero
se balancean, se hinchan
lentamente, desplazan paisajes
antárticos, parsimonia ballenera
hasta que la bruma llena las fauces
de los viejos lobos de mar y las toninas.

Hay cúmulos de luna en el viento,
piel erizada que busca
la soledad del vino y el sereno éxtasis;
hay huellas de renacidas tristezas
olivos grises por donde se descubren
nocturnos enamorados,
una gran soledad, una gran orfandad
marina que nos viene siguiendo
y nos descubre el alma
como rojas centollas entre las piedras.

Dejo lejanos revoloteos celestes
lunares picos nevados, el monte Olivia
con milenarias grietas de agua,
confluencias de fiordos, estriás
que se devoran el mar,
chisporroteo de ramas finas
con la hoguera que se consume en alegrías.

cae
 la
 tarde
sobre los párpados
en el aliento seco
cae
 una
 tarde
desarbolada en este otoño

con las mejillas en el hielo
las botas en el barro
los tiros en la garganta
cae
 la
 tarde
como
 cae
 la
 tarde
sobre las generaciones

Pero finalmente un fuego diluye la mirada
y hay formas erosionadas en el aire,
y en los umbrales de la noche
una mano tantea el filo de su silencio
sintiendo que también afuera se hace tarde,
sintiendo que también afuera las montañas
callarán algún día sumergidas en las edades
como grises corazones de roca sudando minerales.

Poema con noche de tuneles y manos

Che, Para Marta Zamarripa
mirá la triste suerte,
nos toca ver caer túneles, mineralogías,
así de simple
como caen ramas descuartizadas,
hojas estrelladas de noches estrelladas y radioactivas,
el vientre mismo de las montañas
ametrallando túneles,
 vomitando cristales,
 criptogramas en bajo relieve
como manos de otras eras,
 helechos muertos,
 y miserias,
las más trágicas miserias, che,
 las que nos tocan,
 las que nos congregan,
 las que nos matan,
 túneles,
 túneles,
buscando manos en la noche...

Ella vendrá entre árboles

mis dedos
y todo el juego
de otros dedos en el alba,
en la ondulación del pelo en el alba
son partículas etéreas desprendiéndose de los cuerpos,
penetrando en la porosidad
fantástica de esta brisa
que las desplaza
y las reúne en roca, y las dispersa en espuma,
y en una playa desierta
amanecen,
serenamente detenidas
ante lo más tenue de este sol primario.

Tenues fascinaciones, principio gris
de nuevas identidades
mi lengua atraviesa transparencias
en busca de claras oscuridades,
y el cielo se desgaja
más allá de los ojos
en un murmullo de cuerpo en cuerpo,
y el cielo se rompe
más allá de los árboles
en un rasguído inmenso cuando caen las manos
flotando siluetas deshojadas,
hasta que el cuarzo de los dedos destelle
muslos prismáticos en perspectiva,
senos deslomados a lo lejos,
y las sábanas sean los pliegues de una luna
rodando hacia abajo por la cintura,
una partícula de quejido constante rodando
siempre hacia abajo
de una noche medieval,
hasta que una guitarra llegue al alba
y nos robe la ensoñación de los perfiles.

Me duele la belleza,
esta forma femenina y danzante,
estos brazos, estas piernas como modulación de hojas
a través de toda la luz;
me duelen estos rumbos y estas danzas de ninfa
bajo la creciente luna,
senos como tormentas esmaltados por un sol náutico
y por el sudor de los largos amores,
ojos desnudos que sonrien en un tiempo de treguas,
inteligencia del cuerpo, coreografía eólica,
desplazamientos a lo largo del vientre,
infatigable despertar de los orificios
por donde circula una luz mansa, una luz tibia y seminal,
hasta que bajo un ronroneo de cromornos o de violas
estallan los dedos como arpas
y los cuerpos giran, y cerca del infinito
el éxtasis penetra la madrugada
y toda la soledad de los días
se conjuga en una danzarina inmóvil, en una belleza pasiva
y flotante.

Satori con lluvia

Para Carlos Fernando Massa

Llueve sobre el día, dentro de la sagrada
transparencia de un río en el aire, llueve,
como algo poroso por donde andamos
durante toda la increíble tarde.

Con una mirada limpia y serena
recorremos los paisajes interiores:

El otoño nos devuelve a los poetas del bambú
—sucedidos idéntidos los árboles

habitan el silencio de los viejos días
cuando la lluvia era verde bajo el viento—

y escuchamos también ahora el sonido del agua
como ellos escuchaban que la lluvia caía mansamente
sobre sus casitas de papel de arroz.

Entrando y saliendo de nuestras vidas
podemos recorrer las edades,

las tardes largas del río.

Hay otoños enteros adentro del otoño:

El paisaje del recuerdo vuelve a las pupilas.

Los antiguos,

los conocidos lugares,

se colman de aromas, y otra vez, como en ese otoño,
la familiar alondra regresa a posarse en el limonero.

Stapledon

Para Víctor Condat Nobre

En el silencio de las moradas
un hombre construye el mundo.
Dibuja líneas y las líneas
se transforman en órbitas estelares;
traza con su dedo de escriba
una espiral, y el sonido purísimo
hace vibrar el cosmos. Vuelca
un vaso de agua en una maceta
con geranios y los mares
torman a moverse lentamente
creando oleadas con gaviotas.
Así, con un conocimiento ignoto,
fabrica reacciones térmicas
en el corazón de los planetas,
hace transmutar la sustancia
en alimentos increíbles, corre la savia
buscando la luz, y la luz viaja
hacia las pupilas del hombre.
Y el hombre, ese hacedor de estrellas,
descubre el poema,
y el poema es un cántico de alabanzas
al universo recién nacido.

El prisma infinito

Y el cuarzo vibraba bajo el agua,
latía la roca con destellos de estrella,
mientras transcurría el sol entre sarandíes,
mientras el día se iba bajo el dulce rigor del verano.
En la arena flotaba la silueta del amor,
la noche sin grillos del recuerdo
cuando el cuarzo dormía, mas no el alma.
El alma erraba en otras esferas,
por otros arenales cósmicos, donde el sonido
todavía no era aire entre los árboles,
todavía no anidaba el viento en los corazones
o en las atmósferas quietas de esos mundos.
Detenida al crepúsculo del cuarzo y del arroyo
veía deslizarse el agua, eternamente
el agua eran oleadas de puntos, ondulación
de mares que jamás conocería,
ondulación de hojas de desconocidos eucaliptos
y caminos entre árboles,
y transparentes arroyos donde las criaturas
hablaran una lengua mental. Y dulce.

Otros mundos
y otras piedras
que palpitaran.

Ella vendrá entre árboles,

alas flamígeras y blando movimiento
de aire entrando en un manso sendero,
entre árboles,

al otoño.

La brisa reciente
y la costa temprana,
la ígnea transparencia de sus alas
cumplirá con la ceremonia definitiva
y ya nada será ilusión.

El musgo será más claro
luego de la última lluvia.

El amor retornará al corazón
y habrá muchachas en la ciudad.

Los helechos recordarán
en su vida lenta

la tarde sobre el río,

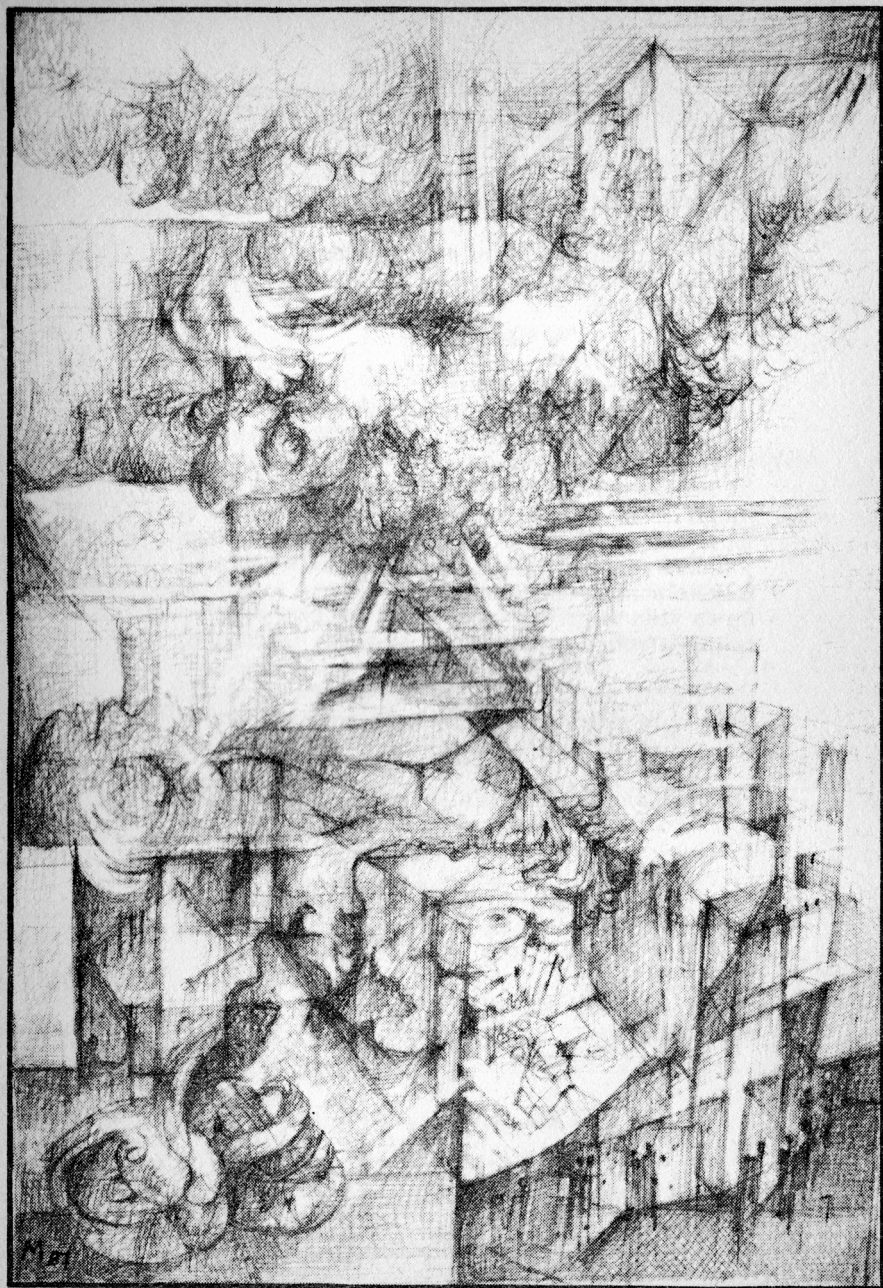
y entre los árboles

ella mirando mi cuerpo en la tarde;
dentro de su mirada alguna melodía,
imágenes de un pasado tiempo y vivido.

Lo angelical, lo maldito
pasarán sin lamentaciones, como un tren
a través de recuerdos que se fugan
hacia el lado izquierdo del ocaso:
un auto viaja al sur por la pampa,
una mujer espera no ya en el tiempo

sino en la inmensidad,

y el mar es olorosamente azul
más allá de los bosques australes,
y ella, la alada, flotaba entonces
sobre ese mar y sobre mi tiempo,
entre árboles.



Los Ríos de Abril

Para Ana María

Primera parte: Bajo la luz de Piscis

"No sé mucho de dioses; pero creo que el río es un fuerte dios pardo, adusto, indómito, intratable".

Eliot

"...de donde los ríos vinieron, allí vuelven para correr de nuevo".

Eclesiastés

"El Uruguay no es un río, es un cielo azul que pasa".
Anibal Sampayo

I.

El camino

de regreso a la tribu era una fiesta.
La costa tenía el olor del ruido en la cascada.
El río, el venerable río de los pájaros
tenía dorados que trepaban hasta sus orígenes
y también salmones en épocas de desove,
y astutos largartos, y el biguá rasante;

las canoas

quedaban en la orilla, y el ruido
de los saltos quedaba en la orilla
impregnado en las puntas de sílex,
y el león andaba cerca bajo los espinillos;

el camino

de regreso a la costa era una fiesta.

No comprendimos

esa fiesta ni esa costa ni esos saltos,

no nos interesó

el salmón errante ni los yacarés exterminados.

Jamás

nos importó el camino de regreso.

II.

Vinieron con teodolitos.
Vinieron con miras telescópicas para caza-mayor.
Esa noche asaron chanchos-jabalíes y se los comieron
y eructaron con placer los ingenieros,
y en lejanas oficinas los generales también eructaron.
Más tarde llegaron la publicidad y las Caterpillar,
las cartas geográficas para enjaular árboles;
obreros impávidos hicieron cola ante las ventanillas,
llenaron fichas,
tuvieron trabajo
y era en verano.

III.

Después cayeron las secretarias, los discursos, los delegados
y los organigramas y los teodolitos
siguieron despatarrando yacarés.
Los laboratorios lamieron el suelo
y las momias, los cachorros y las puntas de flechas
se desintegraban al contacto de esa metalúrgica saliva.
Pero no conformes todavía, al atardecer
cambiaron de lugar las piedras para hacer mejor puntería.

IV.

Amanecieron topadoras.
Sentí quebrarse la madera,
salir al aire las raíces de los pinos,
y el olor de maternidad de la tierra se desprendía liberado.
Hormigas-topadoras amontonaban tierra adormecida
rompiendo los minerales,
topadoras aladas
amontonaban y comían y agusanaban los estratos geológicos,
las galerías tibias de las vizcachas;
con dentelladas apilépticas
emparejaban y amontonaban y comían los montes,
y sin árboles
el cielo de los pájaros fue de acero oscurecido.

V.

Poco a poco el sudor agrio de las máquinas
fue adhiriéndose en el sueño de la tierra.
Renacidos de prehistóricas edades
los grandes cascarudos se llevaron la arena, la piedra verde,
el granito. Y los mansos, los antiguos caminos
sangraban de tanto rugido discordante,
de tantas patas de dinosaurios artillados que los herían.

VI.

De todas partes vinieron buscando un futuro
y trabajaron explotados,
y algunos perseguidos por años en la construcción de ese dique.
Invadidos por nuevas hambres
casi todos volvieron a sus miserias.
Con el tiempo sólo trabajaron los obsecuentes,
recomendados, afiliados,
y las mismas fieles secretarias;
pulcros, bien olorosos, refrigerados,
frente a los teléfonos y a las Relaciones Públicas
frente a los ojos sarcos de las computadoras.

VII .

Pero no hubo errores.
Cuando terminaron la atagüía
surubíes como cachalotes vieron con ojos quietos el espanto
y escucharon por última vez el lamento del río.
Las grandes bogas legendarias salieron al día
en desconocidos pozos.
Quedamos perdidos sin el río por días y por noches,
queríamos sentir la brisa del este en los atarcederes
y solamente veíamos que las entrañas de la tierra
se abrían como hongos rescos
dejando escapar su música de ostras, sus helechos petrificados,
sus piedras de cuarzo azul como era el río en los veranos.
Los dioses de la siesta andaban ingrátidos, desorientados,
cuando llenaron de agua el mundo.

VIII.

Y el agua avanzó por tierras oxidadas.
Encerrados los árboles mutilados, y los esqueletos de árboles,
inundados los cráteres de tanta maquinaria,
atinados largartos huyeron hacia lugares protegidos.
Nuevamente los hombres salieron con sus teodolitos
y sus equipos de radio, y las tortugas, los tatúes,
los zorros, todos enfermaron de vértigo,
perdieron el rumbo de los olores.
Con cascos blancos y cintas métricas
esos hombres hicieron fácil la puntería.
El crispín lloró y lloró durante noches enteras
y una mañana hubo un holocausto de pájaros
en las alambradas;
y sin embargo, ni bien quedó inaugurado el embalse,
comenzaron a crecer las pirañas y los profesionales.

IX.

Los hombres entregaron su ciudad y sus pasados.
Levantaron monumentos y templos al progreso.
Fundaron una teología del desarraigo y se autocomplacieron.

Con el tiempo

ellos también fueron devorados.
Sus recuerdos y sus muertos burbujeaban
bajo el silencio tenue del lago increíble.
Los peces que habían llegado con las aguas
no entendían nada qué eran
esos chisporroteos de alambres retorcidos como algas.

X .

Pero el universo respira.
Otra vez desde el principio la inhalación
y exhalación del alma en las geometrías del amatista,
 en la piel de las células,
la vibración en los laberintos del ágata,
 en el musgo azul de las constelaciones,
la vibración del sueño entre los minerales
 que nos exhala mansamente,
aunque habíamos cambiado de lugar la mirada
 y seguíamos oliendo a herrumbre en los poros
 y seguíamos sin importarnos
 el camino de regreso a la costa
visiones de garzas blancas sobre oscuras piedras
 me revelaron
visiones del río en las futuras edades,
visiones de naves en los atardeceres lentos,
visiones de aladas mentes navegando
 en el color azul y en el color dorado.

XI.

Las pupilas que se abren al asombro
descubren el imperceptible temblor de los labios
y una penas dilatado sol de azul profundo
que se sumerge en el cráneo y recorre la espina dorsal
con el susurro del prana y el apana,
con el susurro de las colinas donde veo olor
 que han dejado las hojas en otros otoños.
Camino en la memoria de muchos árboles
 y en la energía cinética de las moléculas,
camino en el pensamiento de un mundo que está creándose.
 La mirada interior flamea en un aire de consagraciones.

XII.

Y las pupilas que se abren al asombro
descubren el alerta sueño de la tierra,
descubren en la columna el centro de gravedad,
descubren en el cuerpo la oscilación del justo péndulo
penetrando lentamente el movimiento de los sauces,
muy lentamente la quietud silenciosa del viento.

El color de las ideas anduvo
por donde la tierra había decidido cerrarse,
con gemidos de guitarra parturienta
desde las grietas escapaba el pesado vapor de las transformaciones.

XIII.

Y cuando la tierra soñó que toda renacería
soñó los próximos caminos para las criaturas,
caminos arbolados de encuentros,
originales y a la vez reiterados caminos.
En una tarde de abril o en una noche de plenilunios
soñó al río como una inmensa gárgara espumosa,
y salido de madre el río
vino arrastrando todo lo que pudo ser envuelto y ahogado
y las palabras flotaron
como temblorosas flores aéreas.
Vino revolviendo la historia, exigiéndole justicia a los hombres,
a los hombres que hicieron las instituciones
y a las instituciones
que mandaron fabricar las más máquinas para demoler la vida.
La naturaleza volvió a soñar
y el río de los pájaros fue un río de pájaros acorazados,
fue un río de pájaros carnívoros.

La naturaleza volvió a soñar,
y el camino de regreso a los planetas fue una fiesta.

Segunda parte: Alborada de Acuario

*“el mito tendría una forma, una conciencia
y viviría en el sol
y tendría un parecido a Túpac Amaru
pero sería un hombre dorado como una idea”*

Martin Alvarenga

*“Es solitario el camino a las estrellas,
pero puede ser un camino con árboles”.*

I.

En el comienzo era niebla sobre río inerte y pajonales,
niebla entre sauces con líquenes y musgo,
niebla entre la pálida luz de los helechos,
y un arrebatado de gallinetas, un aleteo que repercute
en el agua, en el monte.

Ceniza del cielo la densa niebla sobre el río extático
y las piedras sumergidas.

Nada había en el comienzo y todo había concluido
desde la extensa quietud de la vida.

Como dormidos peces forrajeros en el largo invierno
de las aguas

la niebla flotaba y envolvía toda memoria.

II.

La luz salió de los helechos.
Gotas de fotosíntesis
emergieron iridiscentes, se abrieron,
descubrieron la alborada de un sol acuático, ambarino.

Los cristales aún dormían.
metales pesados alteraban sus estructuras moleculares.
La materia se fusionaba.

El pensamiento andaba como un susurro energético
creando un futuro cosmogónico de peces alados
y otras tecnologías para el descubrimiento
interior del universo.

No hubo nubes sobre la tierra ese día,
y era de luz la mente que atravesaba las atmósferas.

III.

Como ríos anchos y poderosos,
como grietas en los límites del cuerpo
la percepción recibe una boca, una pupila
hacia las profundidades del aire.

Los árboles repiten la caída crepuscular del agua.
El amor se abre y se ofrece como una flor nocturna.
Otras presencias sobrevuelan praderas mansas,
mágicos símbolos de las piedras.

El silencio es un espejo del cielo arbóreo
donde solamente navega el corazón por las mareas del aire
y algunos peces planean en el atardecer lento del planeta.

IV.

En alguna parte un fuego,
qué intangible soledad flota.
en la noche antigua,
qué vacío enorme
en la mano recién abierta.

V.

Antiguas formas, desconocidas imágenes andan en el cielo abierto.

Como a través de un prisma, como a través de cristales que sueñan la vida, el alma se descompone y recorre los rincones del tiempo, sin consagraciones, viendo una ciudad con lluvias, con otoños de avenidas y costas. Viendo los alcanfores de los caminos.

La visión camina las células, la respiración, los trabajos de los hombres, los alimentos, el amor acorralado, la vastedad de una época. Una época de la mente donde no hubo descubrimientos, no hubo futuros. Solamente hubo días y días sucedidos en la soledad.

Una época donde tal vez hubo recuerdos.

VI.

Recuerdos de otras orillas, otras bahías:
velámenes crujen dentro de la fría bruma,
las proas se zambullen arrancando camarones dormidos
en el tiempo marino.

Voces de conquista y una desesperación sobrenatural
penetran en los estuarios del pensamiento
cuando el mundo apenas nacía,
cuando los sauces y el timbó abiertos al aire
respiraban los ríos de la tierra
y los venados buscaban, oliendo en el viento,
el resto de la manada
o la transpiración neolítica del hombre.

VII.

Recuerdos como tinieblas de máquinas oscuras en la boca,
noches calladas bajo la demencia de los combates,
todas las lenguas de los hombres confundidas
sobre mares incendiados,
todo el horror de esas edades que caía en picada,
repetido, continuo,
desplomándose desde el mismo instante incontables veces
agujereando calles, ciudades, sembradíos,
humedad de los montes...

Y dejó los montes perforados por cavernas tuberculosas,
crepúsculos oxidados de los ríos,
hasta que las brumas fueron llegando
y nos inundamos de ríos en las ciudades,
hasta que la bruma amaneció como un párpado tembloroso
y sobre un horizonte de ceniza
vimos el doble atardecer del planeta.

VIII.

Y fueron ríos, ríos sanguíneos, oscuras
vibraciones del magna de la tierra,
ríos nucleares, aluvionales, ríos del cámbrico
y del precámbrico
y del comienzo de todos los comienzos
cuando la energía circunvalaba apenas en torno del universo
y el nuevo esperma todavía no podía arrimarse a las costas
porque las costas ardían.
Un aire flamígero, evanescente, intuía ya
la consagración del vino,
de los alimentos,
de las intangibles neblinas de la memoria.

Estos fueron los ríos de la memoria.

IX.

Ahora no son estos los antiguos ríos.
Son otras las búsquedas como los alimentos;
otras las geometrías del amor
cuando vuelve el viento desde los atardeceres del río.

Y sobre la frente abierta pasa el viento,
sobre rojizas ondulaciones pasa el viento,
sobre una marejada de alfalfa
y sobre la imaginación,
pasa el viento.

X.

Y como un pájaro que regresa
el viento pasó a través de las visiones.
Los sonidos del pensamiento
fueron imágenes multiplicadas por el viento
cuando los párpados se empaparon
con el rosado vapor de las constelaciones,
cuando sentimos que más allá del universo
 hay otros universos,
y más adentro de esos universos hay otros universos,
y más allá y más adentro de estos universos,
 qué,
 tal vez otros ríos,
 otras anchuras.

Qué vacío enorme
en la mano recién abierta.

XI.

Bajo el dulce rigor de los equinoccios
el río se iba transformando poco a poco
en una ceremonia vegetal y animal y mineral.
En los pinares renacían sigilosos zorros y duendes fugaces.
A las costas volvían tímidas las pisadas de los carpinchos.
Misteriosos lobitos de río pasaron rompiendo
la serenidad de las aguas en la noche increíble.

Alguien pensó en los sauces
y las ramas bajaron hasta besar la arena.

XII.

Nuevas lunas amanecieron entre las piedras.

Algún sirirí remonta vuelo
y se convierte en el silencio transparente de cada noche
cuando los amantes rondan los tibios arenales
y el futuro olor de los amaneceres
llega hasta las ventanas del pensamiento.

XIII.

En las grises, mansas praderas,
una alada presencia rastrea la propia identidad
y la mente infinita.

La luz de un nuevo hombre vibra en el cuarzo,
en el secreto azul de la piedra.

Brisa prismática la transpiración de los árboles
descompone estrías y murmullos de hojas,
suavidades de la piel terrestre,
transformaciones en el corazón de los minerales.

El alma inhala las pulsaciones de los renacidos bosques
y laxamente sentimos que en alguna parte
habita un fuego,
una ceremonia callada de siluetas que no existen.

XIV.

Un poco más allá del sonido del agua,
de los ruidos de las costas,
el murmullo de los árboles;
hojarasca y humus pardo de eucaliptos,
blanda vida de los bosques
por donde viene la lluvia
como un túnel en la brisa,
y es otoño,
y hay lluvia enramada en otoño.
El olor de tiernas cacerías
anida sueños de arquerías
y acordes de manos en las arcillas.

XV.

En el amanecer de las lunas pasaron las nubes.

Desde los orígenes el mensaje llega a través del follaje,
se consagra en célula, en fotosíntesis primera del alma
al cabo de milenarias lluvias arborescentes.

Como un aliento que envuelve a los mundos
sentimos el musgo del cuaternario,

—un bufido de bisontes en los pantanos—,
un doble crepúsculo girando sobre el cuerpo.

Entonces todo comienza desde su final,

navega sobre una marea alada
y confluye hacia la equilibrada intimidad de los árboles,
la misma intimidad de los siete principios
en los cuales se sostiene el universo.

XVI.

Y entre las hojas con llovizna
descubrimos un triunfo de nubes en los acantilados;
hay mar sobre las tinieblas,
un roldo de legendarias goletas penetra
en los estuarios del pensamiento
durante una antigüedad ya sin nombres.

XVII.

En un día sin tiempo algo vibraba.

Liviandad del cuerpo sobrevuela planeando
colinas migratorias,
árboles errantes,
estrellas en apogeo, mundos expandiéndose
desde el amanecer universal.

Cuando aún era demasiado temprano para el espíritu
el corazón supo que las propias manos acariciaban
ya otra dimensión, otros recodos de la existencia.

La transparencia del paisaje
viaja hacia adentro.

El corazón supo que quien respiraba junto a nuestros
lugares conocidos ahora es inasible, es sólo un susurro
en las tardes largas del alma.

La soledad, ese desapego,
es real
bajo la quieta noche.

El corazón supo que es solitario el camino a las
estrellas, que puede ser un camino con árboles pero es
un camino solitario, a pesar de que algún sentimiento
nos acompañe en el renacido peregrinar, a pesar de
que el río seguirá estando ahí,
reflejando la eternidad.

XVIII.

Pero ya en los pies desnudos
vuelve el sabor de la fresa.
Los venados huelen hacia el viento el corazón del bosque
o la transpiración del hombre.
Los salmones restituyen la lejana ceremonia
de remontar los ríos.
Es nuestra propia sombra
la que murmura en el fuego
con antorchas cavernarias, con huellas renacientes en la ceniza,
es todo el pasado y el remoto devenir
lo que invade la frente:
la misma, una gran estirpe siguiendo la orientación
de las estrellas,
ahora también como en las edades oscuras,
como en las épocas extinguidas de los grandes mamíferos

XIX.

cuando se abrieron los ríos y parieron el delta último,
cuando se abre el espacio del sonido en un cielo con grietas,
la mente abriéndose y descubriendo también sin limitaciones,
dejando deslizar la brisa sobre las praderas.

Mantarraya navegante la brisa fue saliendo por los poros,
por entre los dedos como un líquido inconceptual,
como un calamar flamígero
que incencia el aire.

Es transparente el color de las ideas,
es antiguo y reciente el aire entre los minerales,
el aire de los planetas y de los paisajes interiores.

El mundo está naciendo, todo está creándose,
todo es puro y sin tiempo expandiéndose
desde el amanecer de las lunas,
cuando pasan, esfumadas, las garzas.

XX.

Siluetas desperdigadas de anteriores existencias
flotan sobre el cuerpo dormido y alerta.
Sobre el mismo universo otro universo.
Entre la luz del crepúsculo
la hendidura que comunica a los mundos
se abre como un río y las palabras desaparecen,
las familiares y humanas formas desaparecen,
y un viento visionario navega ya hacia los océanos interiores.
El plano de las eclípticas se yuxtapone a los diversos planos
del cuerpo como rutas milimétricas,
como talismanes de cristal poderoso
surgen otras coordenadas y otras magnitudes
para enfocar toda la dirección de esta luz oblicua,
para filtrar todo el ruido devastador del pasado,
para reencontrar el rumbo perdido de los ríos.

XXI.

El sello de las iniciaciones sube desde una nueva claridad
como sube el río hacia un renacido equinoccio
y hay mucho cielo entre las aguas.
El sello iniciático me tantea la memoria
para sacarme el alba de los tiempos,
El río muy adentro de los ojos se desprende
de la propia mente
y viaja a partir de las fosas nasales,
viaja el río a través de los cuerpos,
respiramos agua vegetal y mineral,
toda la vibración del agua,
acordes dormidos la mente del río nos envuelve
y estos son ahora los ríos
la gran mente de la tierra.

XXII.

Y es de luz la mente que atraviesa las atmósferas,
arriba y abajo,
el mismo aire,
la misma radiación;
abajo y arriba
es el mismo aire cóncavo que baña al mundo
en la consagración de las células.

La energía flota.
La luz llega hasta las pirámides sumergidas en el mar
y el mar sumergido dentro del sol.

Desde un torbellino de continentes y alfarerías
la luz de las civilizaciones viaja hacia el infinito lugar
de las pupilas,
tibias claridades,
ráfagas encendidas señalan la historia
escrita en lo impensado,
pulen el rostro del recuerdo hacia los mil rostros ocultos,
late,
el sonido recorre una maternidad difusa,

XXIII.

late, y la visión descubre mundos en gestación,
dioses vacilantes e intuitivos,
rocas estratificadas y rocas metamórficas
desde el principio de los principios, late,
y con un murmullo que desde adentro nos gana las orillas,
otra voz inunda,
otra voz llena la sombra hueca de los nacimientos y las muertes,
toda la tierra me gira por las sienas
en dirección a una leyenda de shamanes alados y potentes.

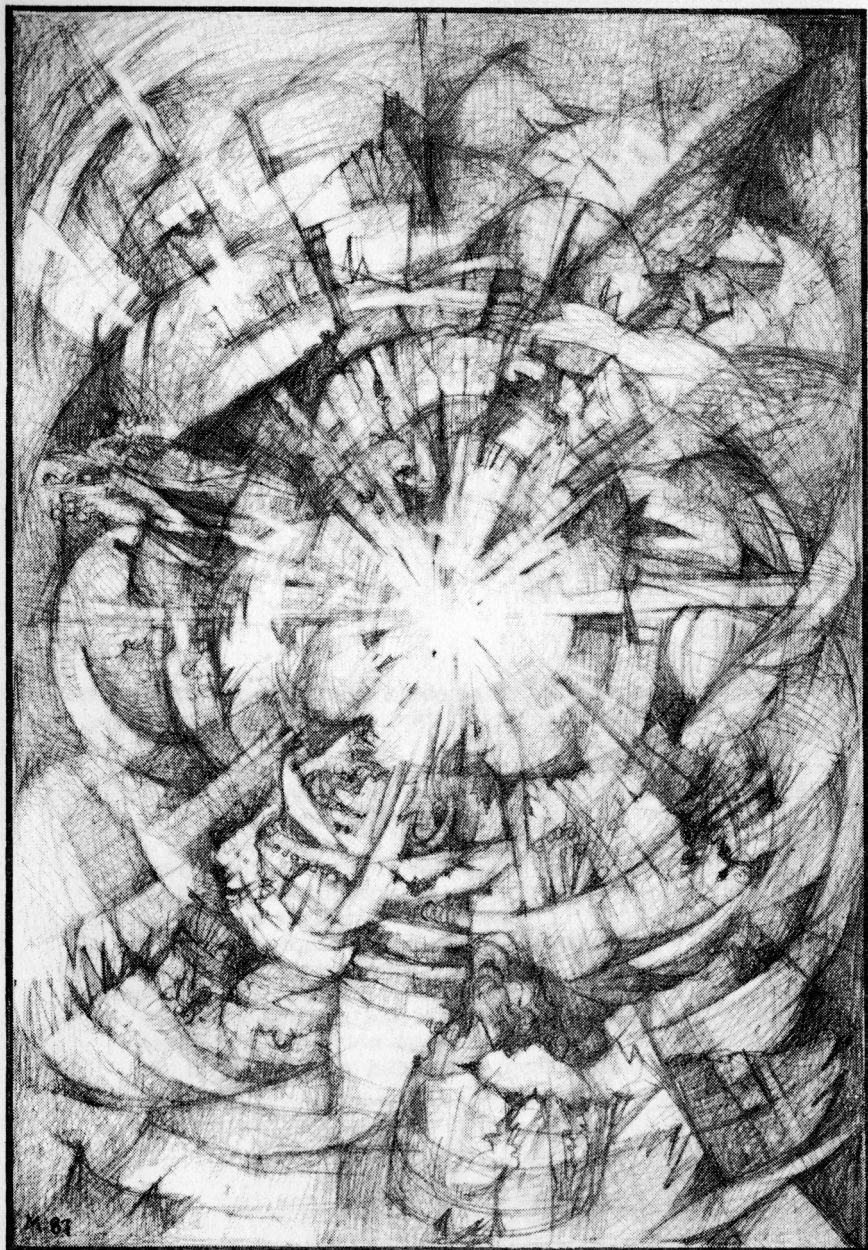
Y más allá del vientre y del primer grito,
sobre todos los fuegos,
sobre la corteza del planeta,
era un cazador de las estepas, un navegante,
un herrero que transmutaba la sustancia
con una alquimia de bigornias,
era un escriba que juraba bajo el resplandor de los códices,
la sombra de una bailarina en una costa
donde principiaba la vida,
el susurro de un nuevo río donde la luz fue posible,

y qué intangibles cercanías
rondaron la noche infinita,
qué vacíos enormes
en la mano recién abierta.

XXIV.

En un día sin tiempo algo alado partió de las costas,
como una blanda brisa flotando entre los árboles.

La fotosíntesis del alma ahora sueña y crea el mundo,
la nueva visión penetra la mañana y sus serenas fecundaciones
como un aliento, como un velo que envuelve
a los planetas
la luz había salido de los helechos,
en los paisajes interiores,
y como latidos mamíferos o vegetales
pudimos ir como ondas, como pulsaciones
a través de las maternidades,
navegando en la armonía de estos ríos hacia adentro
sin importarnos si había sido larga la noche,
larga la destrucción de los recuerdos,
sin importarnos si había sido feroz el pasado.



Cantos apocalípticos

*“Pensem nas crianças
Mudas telepáticas
Pensem nas meninas
Cegas inexatas...”*

Vinicius De Moraes

*“Y en aquellos días los hombres buscarán
la muerte, pero no la hallarán;
y ansiarán morir,
pero la muerte huirá de ellos...”*

Juan, AP.,9-6

Agítese antes de usar

La señal estará inscripta en donde sea más visible,
la señal estará en las palabras,
en donde ellas supongan tu imagen,
también en tu manera de andar, de mirar, de hablar, de pensar,
en las formas de tus días y hasta en tus alimentos,
y por supuesto,
en tus lecturas, en tus actividades.

Tu número no será sólo un número de código,
será una clave en las pantallas de las máquinas,
una identificación en una tarjeta magnética tornasolada,
un registro de propiedad,
una autorización con números y letras para conducirte,
una autorización entarjetada para comprar,
para comunicarte con los demás, para elegir amigos/enemigos.

Pero nada más que un silogismo en tu boca será suficiente.
Será la contraseña, la garantía de que sos inofensivo,
el salvoconducto para que los demás te llamen por teléfono,
para que puedas tener horas-cátedra,
para que puedas tener consultas médicas o recetas
para lentes bifocales.

Por eso, impresiones extrasensoriales
o microondas de pensamiento te sondearán el pensamiento,
te sondearán el orgasmo,
la necesaria proporción proteínica de tus recuerdos,
la cantidad imprescindible de vitamínicas buenascostumbres
y de albúmica conductista
y de calladas genuflexiones.

Por eso, todo es cosa de no equivocarse,
todo es cosa de creer lo que ellos quieren que creas
y lo que ellos quieren que vos creas de ellos
y entonces ellos te harán creer lo que sos/lo que ^{no} sos
y esperarán que vos -creyéndote lo que sos/lo que ^{no} sos-
confieses lo que realmente sos y, sobre todo, lo que no sos.

Todo es cosa de que ellos piensen bien de vos -en definitiva-
y de vos para más adelante.

Hay algo importante aquí: aunque ellos no te digan nunca
qué esperan de vos,

vos mismo tenés que darte cuenta.

Algunos indicios dejarán -como al descuido- en tus calles,
en tus zaguanes, en tus clases,
en tus amores, en el lomo de tus libros,
indicios que, como sos inteligente, sabrás descifrar y,
-como ellos han planeado y ahí sí que no interviene la suerte-
sabrás cumplir,

al pie de la letra.

La carrera de Mefisto

Mefisto también era poeta, y construyó su métrica
acorde con los días que le tocó vivir.

Fue artista de pincel fácil y criticó a los pintores
cenaculares. Sin embargo

Mefisto fue y será un hombre muy sabio,
alguien a quien la sola complacencia no le basta,
alguien a quien la sola existencia de su pasado
lo pone inquieto

y entonces gestiona alianzas con sus enemigos.

Mefisto intelectual, Mefisto músico, Mefisto periodista,
Mefisto revolucionario re-contrarrevolucionario,
¿cuántos tipos de dialéctica has aprendido?,
¿cuántos cursos de informática o de semiótica obsecuente?,
¡qué de álgebras y de símbolos
para que ellos te consideren un fiel converso!,
¡qué inmensa cantidad de lecturas
has invertido en sus confesiones, Mefisto!

Pero ahora, la noche de tu demonio se acerca
hasta tu alma jibosa;
ahora, el silencio y el olvido pasarán
ante tu palabra de convalenciente político,
pasarán cubriéndote de polvo ante tu mirada
que ansía una recompensa apolillada,
un puestito de secretario, un trabajito en la docencia.
Ahora, Hermano Mefisto, tu tiempo se ha cumplido.

Gárgolas pardas

avanzan en los claros jardines del sueño,
avanzan con un grito de perfil sobre el aire,
afilado y cortando de perfil el aire,
aire astillado por guijarros iracundos,
por caracoles quebrados quebrando el aire,
los dedos extáticos,
las piernas impotentes marginadas,
y el aire,
el aire de los árboles:
aire roto imposible que es invadido por un instante
de polillas que titilan
apenas un instante,
apenas lo suficiente para que algo golpee

en el lado izquierdo de la mente,
para que algo repercuta mientras las gárgolas pardas
avanzan con un entrechocar oscuro de piedras
en sus fauces abiertas y en su lenguaje antiguo,
más antiguo que el recuerdo
mientras un viento molecular desintegrador nos desparrama
confundiendo intimidaciones y hojarasca,
intestinos y transistores
de últimas pulsaciones,
y en las arboledas de las colinas, bajo el viento,
las palomas gimen la miseria con nubes,
y con dedos que ya no tenemos
nos agarramos a las alambradas
con un grito que sube de frente, como pesadilla,
como pesadilla que cae
en un cruce de calles neuróticas empuñando
las tarjetas de crédito de la postergación indefinida
como si empuñara las cuerdas de una noche de brujos,
sin aire que respirar
con la diablada que nos persigue como baba supurando
bajo los zócalos,
gárgolas pardas
avanzan en los claros jardines
cercándote lentamente como mandrágoras,
y te vuelven incendiaria la noche;
hay sombras que orden ocultas,
lunas artilladas que duran hasta la segunda inconciencia,
noches con helicópteros que vuelan sobre el espanto,
noches con degollados y brujos danzantes
que te atraviesan como un viento helado
con gallinas blancas macumberas, como evangélicos exorcismos
o católicas inquisiciones
mientras la noche arde,
mientras pardas gárgolas llegan hasta los ojos con penumbras,
llegan con su ruidoso lenguaje
más antiguo que los recuerdos.

Primera apocalíptica

...finalmente comprendemos todo aquello
que nos parecía imposible:
que una hoja respirara igual que uno,
que el aire, el agua, vibraran en la mente,
por que sólo ahora descubrimos
a esa gran araña que rasguña las atmósferas
tejiendo su infatigable calma de bestia electrónica
mientras vigila con aullidos de dóberman con alas
toda una tecnología de muerte
y de babas de muerte,
increíblemente acorralados como para sospechar
que debíamos vivir esta vida como si fuera la única,
santificando la carne que amábamos
y la tierra que pisábamos,
hasta ahora nos parecía imposible que tuviéramos manos,
labios,
nalgas,
ojos para amar,
para amar,
y entonces descubrimos una fugaz resignación o añoranza,
o un no sé qué adherido a los ojos.
remanente de cuantas calles de cuantas ciudades vacías
donde fue mutilada la ternura,
donde jamás habrá redención
perdonar a tantos políticos negociadores de genocidios,
nazis del horror sobrenatural,
tantos cardenales alucinados con el poder,
milicos alucinados con el poder,
tanta perversión de espoletas y computadoras
sobre la faz de la tierra,
tanta perversión militar,
comercial,

profesional,
clerical,
perversión de orcos purpurinos y missa brevis,
todo eficientemente submarinista,
tanquista,
helicopterista,
todo muerte,
todo picana,
todo homicidio legalizado
en nombre de la tradición,
familia,
propiedad,
anticonceptivos mentales
para las generaciones estupidizadas en la violencia corporal,
y psicológica,
y espiritual
cuando los pesados ácidos penetran por los tubos del cuerpo
y las neuronas estallan,
estallan,
estallan microscópicas bombas termonucleares
aunque los espíritus hedonistas y suicidas naufraguen
en mares sin forma
con placentas transparentes y soles fríos
apegados a sus cadáveres sintiendo la agonía de la tierra,
la agonía de los continentes sumergidos en un caldo tropical
de caracoles turbios y delfines contaminados,
y en las ciudades hay que refugiarse del espanto
sobrevivir a los sabuesos de las persecuciones,
mordiéndonos los talones,
huyendo con la cara dormida,
con los brazos dormidos,
con una pierna dormida,
atisbar avispas agazapadas en las cornisas y que caen en picada
y rompen el aire hasta las espaldas,
rompen el aire hasta mi cráneo
como esquizofrénicas metralhas que nos arrasan,
que nos perforan,
que nos disgregan las mentes
una tras otra,
una tras otra casamatas agujereadas,
unas tras otra nos dejan en la vida como coladores,

Cantos apocalípticos

como espumaderas videntes,
zombis desorbitados caminando sonámbulos rascándonos la cabeza
en una maraña de ecos,
racimos de cosas grotescas y babeantes
con ametralladoras de agujas,
sordos disparos de morfina,
valium,
trapax,
sadismo metálico,
confort prostituto de los sistemas de seguridad,
de los matrimonios precocidos y envasadas adopciones clandestinas,
semen electrónico, ovarios psicotrónicamente computados,
noches brumosas alcoholizadas, con mujeres desteñidas
sufriendo el delirio en las cunetas bajo ruedas vomitadas,
metrasol,
demerol,
dominadol,
vinagre oscuro de los ojos,
y toda la tabla periódica de los elementos transmutada
y toda una intemperie asfixiante
con carcajadas epilépticas que nos parten en un millón de silencios:
las líneas de los edificios se separan,
las líneas de los mosaicos se bifurcan:
una de ellas sale disparada llevando consigo un cargamento fúnebre,
atrás formas abismales ahogan geometrías por debajo de la tierra,
ahogan calles,
ahogan árboles,
ahogan gente en un
mediodía eclipsante
y el mar es un revuelto de cosas gelatinosas
con el zargazo que se descompone velozmente
y los peces que se inflan como globos en el aire,
y hay un olor a paisaje desconocido adentro de los túneles
cuando algo alado nos roza el hombro izquierdo
y se nos ocurre buscar los cuerpos tanteando el vacío,
intuyendo nuestros pasados,
nuestros presentes,
nuestros futuros,
cuando algo alado nos mira directamente a los ojos
y entonces nos sumergimos en esa mirada,
y en esas dimensiones de la mente

vemos la gran orfandad de la tierra,
 las múltiples sombras de los cuerpos carcomidos por las guerras,
 vemos la gran orfandad de la tierra
 donde solamente es real el viento
 como un barullo de recuerdos que pasan,
 que pasa con un barullo de hojarasca en el viento.

Llueve voltaje

sobre su cuerpo androide,
 dentro de su gran cuerpo derrumbándolo
 con pesadez en las mandíbulas,
 con pedregullo bajo su lengua,
 y hay un daño cerebral en esa mirada,
 alambres y nervios enredados
 aunque el nitrógeno va a presión
 por las cañerías de la frente,
 líquido linfático para enfriar lo que se derrite
 con la misma adiposidad caliente de los tejidos
 cuando se transfiguran las cosas,
 el color de los ojos, por ejemplo,
 la orientación de los pájaros,
 el ritmo cardíaco,
 y se electrifican los sensores, los cristales
 indagadores.

En un microtiempo afloran agujas de leucemia
en sus dedos,
estrías de cáncer en las tripas de las encíclicas
y empieza a derramar sangre negra por todos
los orificios,
sangre de plomo,
sangre de arsénico,
reverberación del cobalto y las dioxinas,
reverberación de los cuerpos consumidos
por sus propias histerias psicotrónicas,
reverberación de arterias en cerebro incongruente,
con lascivias obispales,
con desaforadas extramaunciones
llovió voltaje sobre su memoria,
sobre sus microprocesadores,
sobre su orgasmo androide y gélido,
cayó voltaje sobre todo su cuerpo y ya nada
pueden hacer, che,
nada ya pueden sacarle,
ya nada pueden meterle entre las piernas,
hay un daño cerebral en esa mirada,
en esa nada ciega cerrándose
y abriéndonos esta carne confusa
esta simbiosis que se desmorona,
estas vísceras que se derraman
sin identidad, sin dolor siguiera,
solamente un líquido aturdimiento en su boca
gorgotea una voz autómata
llamando a las armas,
solamente un líquido aturdimiento que escapa
por resumideros
y tuberías que se extienden,
se bifurcan,
se pierden,
sin dolor,
mientras la repetición de su voz gorgoteante
sigue llamando a las armas,
llamando a las armas.

Segunda apocalíptica

...algo así como
una mano suelta un trozo de cara por un lado,
y perdida y quién sabe dónde,
y más o menos parecido a un despertar ese sol,
y más o menos parecido a un feroz intento por rescatar
los lugares donde la vida
fue más intensa,
muy lejos,
en el bajón de un mar turbio devorado por la luna,
en un día idéntico en que te ametralló la conciencia
reafirmandote que éste es el único día
y que el papel a jugar por vos
lo tenés muy al fondo del bolsillo,
seguro,
inviolable,
por más desengaños que te bombardeen respuestas inútiles,
por más pesadilla nuclear que te carcoma las encías,
por más alienación que te sepulte en un agua oscura,
con una voz que no es tu voz
y que te hace caer,
y que te hace caer
en tu propia cuenta regresiva

Cantos apocalípticos

para reafirmarte, sí,
que éste es el único día,
que éste es el momento en que debemos vivir
esto que es tan triste,
y tan extraño,
y tan severo
cuando nos tanteamos apenas la sien con los dedos
y sentimos arder una vena débil,
una mentira encrucijada hace demasiado tiempo
como para pensar que todo el ayer sería este hoy tan agónico,
esta mirada que nos abandona,
esta muerte inevitable
y lentamente
desfigurada
en los brazos
que caen
y caen
repetidamente,
con toda la exacta perspectiva
que tienen las cosas inexplicables
pero existen
y están ahí
en cada gesto perdido,
en cada detonación,
hasta que de golpe se disgregan,
y se diluyen,
y se desintegran
más
y más
y más
al caer
en la misma demencia,
en el mismo pie,
en la misma zapatilla

corriendo adelante oscura intangible
golpeando un millón de veces muy adelante
con la instancia de un grito,
de un algo que brota,
de un algo que brota
y se abre,
como en aquel día se abrió la Rosa de Hiroshima,
y entonces caen pétalos,
y caen estrías,
y caen agujones,
y caen puntos,
millones de puntos al espacio,
millones de cuerpos como puntos al espacio,
y entonces?
y entonces qué ante tanta orfandad?,
y entonces me aferro a la identidad de un par de manos
con los ojos terriblemente abiertos
mirando cómo va renaciendo la memoria
de una esquina gris en Trelew
en que llego y abro los ojos:
me encuentro en otra esquina no tan gris en Concordia
en que llego y abro los ojos:
me encuentro en otra esquina no tan gris en Ushuaia
en que llego y abro los ojos:
ya no hay esquinas,
ya no hay ciudades,
sólo una pampa inmensa y un auto destartado que la cruza,
infinitos los dos en medio de un sol cobre
que cae,
que cae,
que cae,
y sin embargo
jamás terminará de caer hacia la noche total,
y sin embargo
jamás terminaré de caer hacia la noche total...

Marea roja,

en las orillas del pensamiento,
en las playas tristes de esta humanidad
como un caldo espeso y revuelto de crustáceos,
mástiles partidos,
cotidianas risas quebradas,
conversaciones inconclusas que vienen sobre el oleaje
de estas mareas, rojas mareas,
mujeres parturientas en los frigoríficos del sistema,
ojos vacíos, cremogenados,
hígados tibios goteantes,
corned-beef de nalga humana, estibas de pelo y dentaduras,
ah marea roja frigoríficos de la mente,
marea roja de osobuco, roja marea butirosa,
cuántas toneladas de organismo vivo,
cuántos megawatios de inteligencia electrocutada,
agonizando bajo el eco de los disparos
que golpea insistente en las baldosas,
que golpea insistente,
que golpea en la marea,
roja marea cancerígena,
cuántas toneladas de carne ulcerada como fibromas videntes
temblorosos,
sin imágenes, sin sensibilidades,
despatarrada en los elásticos,
picaneada,
sin conceptos que golpeen insistentes,
eco de rojas flores en la espuma con ojos que desembarca
con un gran tifus, un gran infarto,
en la humedad, en las inmundicias de los calabozos
y arroja caracoles murmurando voces arrancadas de las cocinas,
de los dormitorios,
de los patios con juegos de niños insepultos y ladridos,
desembarcan ladridos mareados en el humor vitrio de la espuma,
de la espuma con pupilas,
pupilas clavadas en el vacío, cuántas pupilas
de chicos agujereados,
las últimas sonrisas estampadas en el viento

que va o vuelve, gira sobre sí mismo o se aleja sin rumbo
sobre un mar ensangrentado que viene,
y viene,
y siempre viene
hasta las orillas incendiadas de la vida,
cuyos cangrejales dementes
avanzan hacia la putrefacción marina
con laboratorios,
con interrogatorios,
con crematorios,
y sin retorno el oleaje asalta desde cualquier momento;
con una ametralladora de palabras pretendemos parar
las pesadillas
y todavía dormidos andamos invadidos por incoherentes
melancolías
con oscuros animales que pasan por el descuido de la mirada,
como cuervos a ras de los techos,
como gatos estratégicos en la noche,
como gaviotas de carne y plástico
flotando en el insomnio de estas mareas,
babeándose y gesticulando la idiotez más profunda
entre chicos destripados
y el dialecto hechizante de los monseñores,
entre cuerpos flácidos entregados a la tortura
y el dialecto hechizante de las teletipos,
entre el eco constante de los disparos
y el dialecto hechizante de los televisores,
y sobre todas las palabras y todas las lenguas
el dialecto hechizante, hipnótico,
de un mar intoxicado por los verdugos del crepúsculo
con escopetas recortadas y bendecidas,
con violaciones aquelárricas y bendecidas
sobre las olas que llegan cargadas
de camarones contaminados y casamientos,
sobre las olas que siempre llegan cargadas
de nacimientos y gelatina podrida de moluscos,
todo en un mismo engrudo espumoso sudando botulismo,
pánico transitorizado en la mirada del primer jinete
que aparece cabalgando mareas, rojas mareas,

y arroja la Lluvia Acida,
 y arroja la Lluvia Amarilla,
 y arroja la Lluvia Naranja
en el momento en que el segundo jinete vuelve a mezclar
 toda las lenguas, por las dudas,
confundiendo y volviendo a confundir el misero significado
 de un artículo o un adverbio
para que se entretengan los sacerdotes de la delación,
y los pueblos apenas se respiran en sus impávidas lobotomías
cuando el tercer jinete quema el aire, el agua, la tierra,
 el aire agoniza y envenena el agua,
 el agua agoniza y envenena la tierra,
 la tierra agoniza y envenena a sus criaturas
hasta que el cuarto jinete viene y mira,
 mira largamente los circuitos integrados,
 las pantallas, las plaquetas de la informática,
y se va, nadie sabe dónde,
 pero las computadoras enloquecen
y las cabelleras de los helicópteros
 brillan en el mediodía del napalm
y ya no queda otra suerte que andar
y andar por las playas tristes de esta humanidad
 tanteándonos los agujeros,
 buscándonos el pensamiento acribillado
en medio de estas mareas que desembarcan,
 siempre desembarcan rojas mareas.

Tercera apocalíptica

Solo,
en la más demente destrucción,
perdido
como una partícula de conciencia vibrando apenas
entre tantos
cuerpos,
piernas,
manos,
vientres
y más cuerpos
que sucumben,
se estrellan entre sí
se penetran entre sí
con una sexualidad blanca y fascista,
temblando con una bala traidora en la frente,
temblando,
las manos sudadas,
aferrados a una ridícula cornisa,
desde donde puedan dejarse caer,
cobardemente,
hacia una porción de oscuridad redentora
y que la gente los olvide aunque jamás tengan redención
aunque ahora todo sea uñas arrancadas
y temeridades
y esa cosa que se llama errar de mano en mano
con pequeñas codicias y miserias ciudadanas,
cada vez más rápido,
cada vez más urgente,
cada vez más paranoico
con esa carcajada hiperbólica con que nos persigue la muerte
de perfil,
buscándonos la mirada,

Cantos apocalípticos

en que una ráfaga
o un inalcanzable recuerdo
nos cruza
haciéndonos jirones,
robándonos capa tras capa;
y un hombre está sólo,
terriblemente solo en toda esta demente destrucción,
pinchado,
atravesado por agujas inmensas,
perdido,
viendo quemar niños o perros o mujeres preñadas
o cualquier cosa que se mueva,
viendo los cuerpos reventar
como espectros cenicientos crepusculares,
muertas las voces,
arrancado el olvido
en este casi jamás que nos aproxima más que nunca
con destructores misilísticos,
con brigadas de mercenarios psicópatas,
con un cielo verde de helicópteros y tripulantes lisérgicos,
con el mismo conteo destructivo
disparando suicidios hacia un torpe final en las sienas,
disparando tormentas de peces desorbitados,
herrumbre de mares calcinados,
artefactos histéricos,
cráteres negros como agujeros en la retina,
cráteres,
cráteres cerebrales,
plomo en las arterias,
cirrosis,
gas de mostaza,
plutonio en los pulmones,
asfixia,
asfixia galopante,
muelas trituradas,
huesos astillados,
incrustados en medio de este Gran Aquelarre
donde ser pacifista es subversivo
y donde hasta la misma vida es subversiva,
donde un viejo tuberculoso persigue a su hija
para desflorarla;

una adolescente envenena a su madre
una enfermera regordeta roba la morfina del que agoniza,
un paranoico del bisturí corta un tejido
 corta otro tejido,
 corta otro tejido,
 corta otro tejido,
suavemente,
 con un sadismo único y refinado
saca una criatura que él dice que no sirve,
 saca una matriz que él dice que no sirve,
 saca los ovarios que él dice que no sirven
y cuando ya no queda absolutamente nada por sacar
graciosamente le acaricia el traste a la anestesista,
un machista del embrague se divierte a lo grande
 con 160 Km. por la cabeza en una avenida
y el aire flota cadáveres desaparejos
y todo es un potente shock,
 electroshock,
 pornoshock,
 suicidioshock,
generaciones profesionalizadas,
 mediocrizadas,
 codiciosas;
generaciones oligarquizadas,
 sectarizadas,
 militarizadas;
generaciones intelectualizadas,
 mentalizadas,
 psiconalizadas;
generaciones politizadas,
 torturadas,
 reventadas;
generaciones moticicleteadas,
 anfetaminizadas,
 estupidizadas;
generaciones fanatizadas
 con dogmas conformistas
 consagrados a una entrega mentirosa y farisea,
y el hombre,
 el verdadero Hombre que está solo,
terriblemente solo,

Cantos apocalípticos

es apenas,
a duras penas una partícula de conciencia
vibrando enre tantos
 cuerpos,
 piernas,
 manos,
 vientres,
 miradas que sucumben,
 y más cuerpos volatilizados
porque en el impacto,
 en la atroz millonésima de segundo del impacto,
no hay victorias,
 no hay derrotas,
 no hay tratados,
 no hay principios
no hay moralismos,
 no hay prejuicios,
 NO,
sólo el gran vacío,
 el intenso calor,
 la onda expansiva,
la Gran Nada que crece,
 y crece,
 y crece
 como un rapidísimo cáncer,
como un rapidísimo congreiro que trepa,
 y trepa,
 y nos penetra
hasta el centro del alma
 con la certeza de la deglución final,
 y nos penetra
 con la certeza de la deglución final...

Danza macabra

Danza, hermano, y danzará la muerte en este círculo de muertes,
en este círculo de fuegos electrónicos y carburantes,
de frenéticos hombres invocando la salvación con encíclicas,
con pastillas,
con amantes,
un departamento clandestino y video porno
fuera del Gran Aquelarre, de la Ronda Macabra de los espíritus
burlo nes,
de las intimaciones,
de las persecuciones,
y de las muertes que ellos mismos han programado para nosotros:
las miserables minúsculas muertes,
las carcomidas cancerígenas muertes,
las leprosas lisérgicas muertes;
suicidas que navegan en un limbo sin ojos
y bailan con un cortejo de alacranes
mientras las corporaciones producen carne fresca
para un ágape de vampiros, un holocausto de pirañas,
una bendecida de túneles y cañerías y resumideros,
y dentro de esas cañerías el pensamiento que va rebotando,
rebotando espionaje telepático,
rebotando comisarios culturales,
rebotando Macabra Danza
como generaciones psicopateadas ante tante topadora intolerante,
ante tanto helicóptero de carne y aluminio
y cráneos pulverizados arriba de los techos
y neuronas con botones,
y espoletas entre las neuronas
bajo un cenáculo de farsantes repetidos,
bajo un cortocicuito de intelecta mediocridad
donde hasta la Danza de la Muerte es estúpida, reiterativa,

Cantos apocalípticos

aunque bombarderos invisibles se descuelgan desde cualquier
momento
con un zumbido de moscas en tu cielo oblicuo,
y en tu mirada oblicua aparece brevemente el paisaje
de una ciudad desolada,
flotando entre informativos obscuentes,
amistades bursátiles,
amores a plazo fijo,
y entonces, con medio litro de mambo mitológico ves pasar
trenes delirantes en las estepas,
prostitutas de bruces y vespertinas,
grabados del viejo Brueghel, poemas de Li Tai Po
como una suave balística que entra a tu cuerpo,
entra a tu mente,
pero nada sentís adentro de la ronda de fuego y teletipos
donde danza esta danza estúpida, esta danza burócrata,
esta danza de espoletas adentro del cerebro,
solamente sentís que hay casas y bares y gente hablando a gritos
en todas partes, gente en los cuarteles,
gente en autopista lumínicas incrustadas en las cristales,
y por conductos orgánicos y electrónicos
te penetra el vacío de esas autopistas
y de esos autos vacíos histéricos,
y comprendés
que esta vida es única, irrepetible suspenso, aunque la Ronda
Macabra
merodee en horas débiles, en persecuciones
a lo largo de los días y los trabajos y los alimentos,
y entonces escribís el último poema sobre la tierra,
el antes y el después y el solo ahora,
y queda la conciencia vibrando,
y quedará,
como una marejada de humanidades,
el aliento de tu última palabra.

Revelación

...y entonces
 hubo colores que me atravesaron,
por dentro vi incendiárseme los pies de rayos gamma,
por dentro vi aparecer y desaparecer formas,
 líneas al infinito,
 sombras,
 conversaciones,
 desconocidos lugares,
y también tu imagen,
 hermana,
 rebotándome en la cabeza
en toda la eternidad de este instante que queda flotando
 v perdiéndose con la bala trazadora,
 con la picada del caza bombardero,
 con el martirio de los helicópteros,
con la más tangible soledad que nos inunda y nos copa sin treguas
 enfrentándonos a duras escrituras
cuando ni siquiera la muerte nos pertenece,
a pesar de que nos amamos en una historia de brisas
 y de vapores vegetales
donde te abres
 y te ofreces,
 así nomás,
teniendo entre las piernas el otro lado de la conciencia
 donde todo se abre
 y vuelve a abrirse,
aunque ya no demasiado lejos
 renazcan oscuras y futuras reminiscencias
cuando una calma intangible se desplaza a lo largo de una bahía
 sumergida en la agonía de las algas,
a pesar de que vivir era trepar hasta el Planeta
 por las estrias del cuerpo,

Cantos apocalípticos

ahora sentimos el destino de los agujijones transparentes
de la energía encima del cráneo
mientras en el cielo de las ciudades un rugido de langostas
nos penetra y nos reviente las encías
y un orgasmo radioactivo nos termina devorando los pulmones
los ovarios,
los testículos,
los riñones
con monóxido de carbono,
con gas de mercurio,
con estroncio 90,
arañando el aire y gritando qué inmensa bosta
cuando se volatilice toda la metalurgia
y la hojalata ande degollando por el aire
y los hombres queden como reses extáticas,
cuando burgueses histéricos se encierren en sus departamentos
comiéndose las uñas con un hambre parálitica,
cuando dementes esotéricos desencadenen guerras astrales
y las naves oscuras salgan al atardecer a cazar fugitivos,
comandos antropófagos del pensamiento,
y la vida sea un gran mugido
una gran exhalación,
un vientro vacío de cromosomas,
con bombarderos que atraviesan el espacio como meteoros,
como lluvias recalentadas en días interminables
donde los peces alados de los cielos nacen y vuelven a nacer
viciosamente,
donde los últimos sabios andan buscándose los ojos,
y niños degenerados se alimentan de plasma y otros vampirismos
con miradas rojizas y alucinadamente atractivas,
en alguna parte bajo la noche
hay un réquien en un violoncello
como una voz ahogándose en la bruma
con el misil que emerge de la superficie del mar
y rompiendo la barrera del sonido
cae
a quebrar el jugueteo amatorio de las ballenas,
cae
como el último Arpón de la Gran Extinción
cuando las praderas marinas empiecen a soñar con el retorno
de los delfines,

cuando la memoria líquida de las plantas nos recuerden
otra Edad muy lejana,
cuando tu imagen,
hermana,
me cruce el silencio
como una luna desnuda gravitándome por dentro y por fuera
con la inhalación de la hoja primogénita
cuando encontramos la plenitud con los labios,
esas piernas,
esos senos
habitándome al borde de la locura,
dejándome desnudo,
purificado en la mansedumbre del vino,
rebotando suavemente de planeta en planeta,
rebotando de vacío
en vacío,
de grito
en grito
con todas las arterias enmarañadas,
glóbulos rojos,
burbujeo esmeralda,
cometas,
soles,
galaxias,
fognazos
circulando por los tímpanos
como mareas amarillas y pesadas deslizándose debajo
de otras mareas contrarias y más difusas,
vibrando en el principio es el verbo
y el AUM flota sobre mares hirvientes
y el mensaje anda de mente
en mente,
de cuerpo
en cuerpo
creando cada vibración,
cada latido,
cada movimiento de minerales y de proteínas puras
y cuánto principio vegetal
y cuánto elemento en formación
cuando los Antiguos,

Cantos apocalípticos

los Primeros,
en algún tiempo pretérito y remoto
comprendan el porqué de las cosas y escuchen en sus mentes
el Sonido,
el AUM de la creación,
cuando la conciencia se abra como se abre el vientre
para recibir el futuro,
cuando el electrón siga girando
en la órbita eterna del instante
en que te beso el alma
y cae la ojiva,
te beso el alma
y no sé dónde tengo el cuerpo,
si arriba
de costado,
si abajo
enfrente
y girando,
siempre girando en el Espacio Inconmensurable
con la exhalación en un solo filamento que ondula burbujas,
con los ojos recién nacidos
penetrando el martirio de los helicópteros,
penetrando más allá del tiempo
y toda esa maraña de cosas absurdas
y encontrando que aquí,
hermana,
cabeza abajo
son inmensas las estrellas...

AUM, MANI PADME OM

Este libro se terminó de imprimir el día doce de diciembre de mil novecientos ochenta y siete en los talleres gráficos de Editores del Litoral S.R.L. calle 1º de Mayo 302, Concordia, Entre Ríos, Argentina.